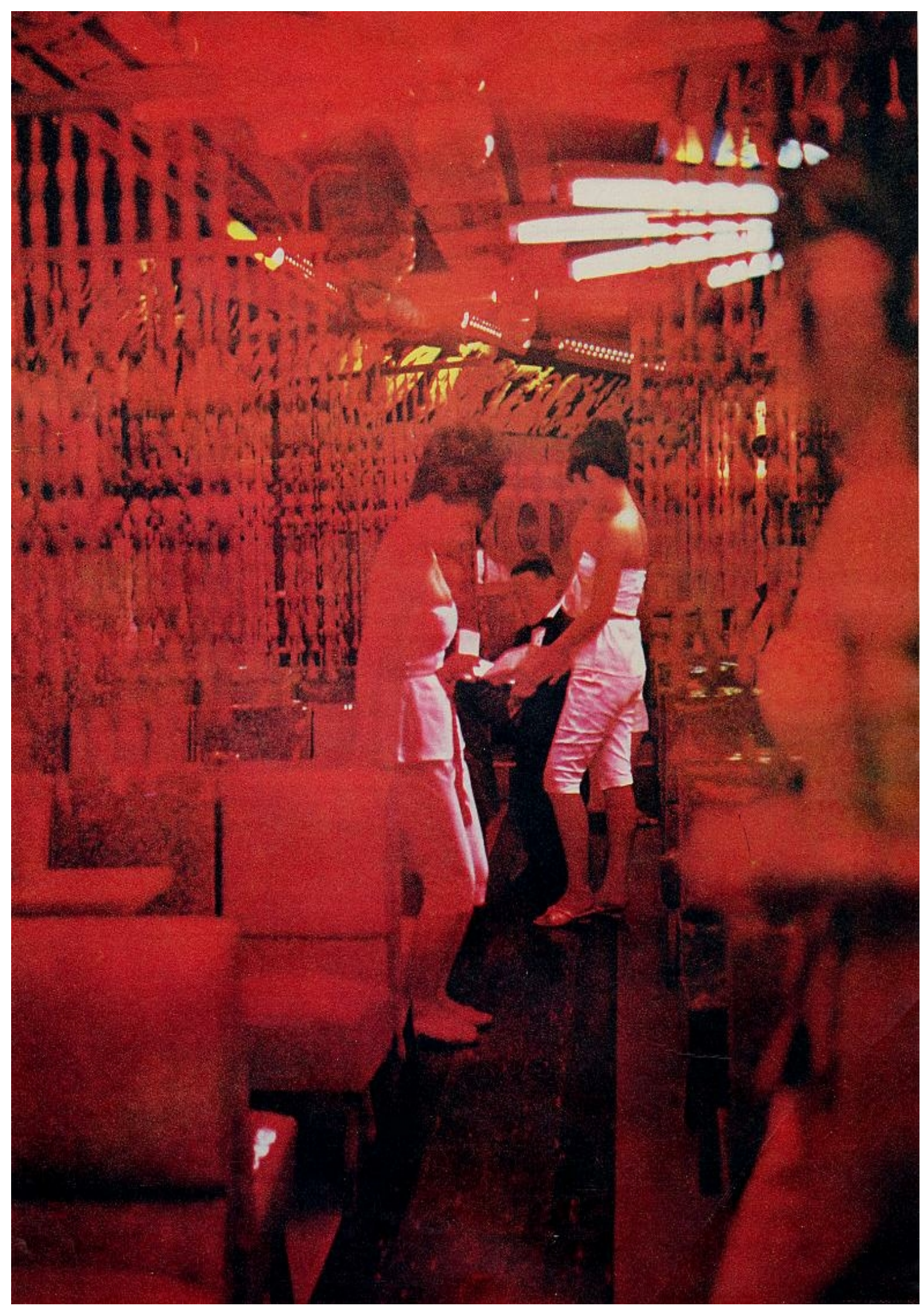


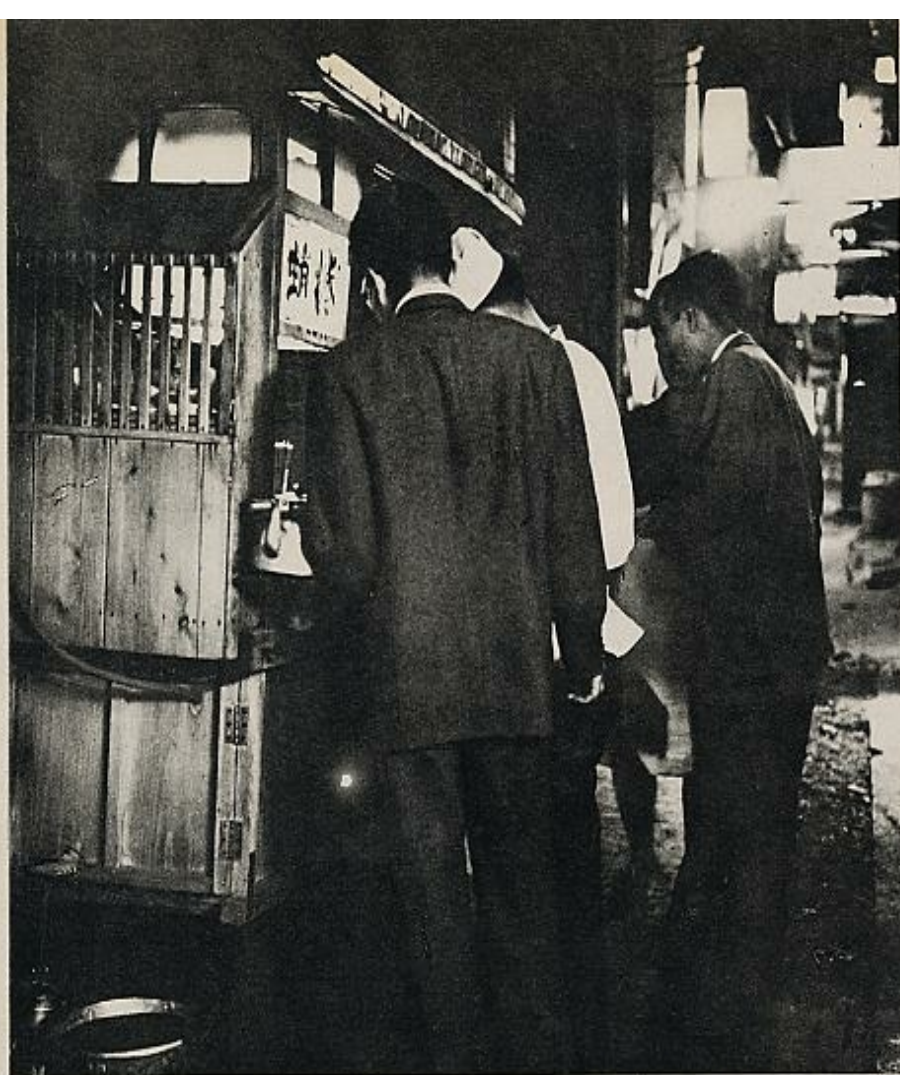
TOKIO LA NOCHE

Reducido durante gran parte de este siglo a una simple coartada exótica, el Japón ha accedido al nivel de la comprensión racional — desde el punto de vista occidental, se entiende— hace tan sólo veinte años. La cultura y civilización occidentales se han caracterizado por su sentido absorbente. Casi durante veinte siglos se ha manifestado su voluntad aislacionista. Entonces, resultaba más cómodo hablar del Oriente misterioso y lejano que tratar de comprenderlo. El Oriente, así considerado genéricamente, nos resultaba inaccesible; era el paraíso del exotismo, de la leyenda y el mito. Algunas expediciones comerciales o científicas **SIGUE**



Yoshiwara es el distrito esencialmente «alegre» de Tokio. Como en cualquier gran capital del mundo, el turista puede encontrar ese convencional y efímero placer de los noctámbulos en night-clubs, salas de fiestas y cabarets...





En la foto superior, unos clientes adquieren localidades para entrar en un famoso cabaret de Ginza. En la inferior, una muchacha, ataviada a la usanza tradicional, pulsando un instrumento de cuerda japonés.



en siglos pasados contribuyeron a abonar el mito conformista: los viajeros regresaban hablando de un país en el que imperaba la leyenda y el misterio; la cultura de Occidente podía reposar tranquila, sin temor a su decadencia... Los primeros esfuerzos de comprensión del Oriente partieron precisamente del momento en que esa decadencia de Occidente empezaba a formularse. La guerra ruso-japonesa, el movimiento revolucionario chino, la oposición al colonialismo en la India fueron los datos que en el terreno político hicieron pensar que el lejano Oriente estaba, sin embargo, próximo en nuestros intereses, que su funcionamiento histórico no respondía al reino confortador de la leyenda, sino a la imparable marcha de la Historia. A un nivel artístico, Occidente se aproximó a Oriente, buceó en sus expresiones estéticas, trató de hallar un punto de conexión. Algunos intelectuales, escritores, pretendieron establecer un puente entre el pensamiento de Occidente y el de Oriente. Aldous Huxley y Herman Hesse fueron dos de los más esforzados pioneros de esta vía de encuentro ideológico...

Se acabaron las leyendas. Los paraísos y los mitos terminaron desde el momento que uno puede escribir una carta con un bolígrafo japonés, comprado en la papelería de la esquina, o escuchar la radio en un aparato de transistores también japonés. Japón, a través de estos objetos, se ha introducido poco a poco en nuestra vida. Quien quiera puede aún ampararse en la coartada del exotismo, pero no caben exotismos cuando podemos contar con los hechos y éstos nos dicen, por ejemplo, que un caluroso día del mes de agosto de 1945 cayó en la ciudad de Hiroshima la «epikadon», la bomba «relámpago y trueno». Había nacido la era atómica: había nacido tras el aborto monstruoso de Hiroshima. Luego vendría Nagasaki. Japón saltó al primer plano de la actualidad. Hoy, a los veinte años del desastre nuclear, Japón es un país completamente reconstruido y en marcha.

las más duras pruebas

En la actualidad, según una frase que ha llegado a hacerse popular, Tokio es la encrucijada del mundo: «Se trata de una síntesis mundial —escribe Fosco Maraini—; aquí se encuentran y se enroscan las veintiséis civilizaciones, las veinticinco religiones, las cinco «kalpa» —era budista de la historia cósmica—, las treinta y ocho razas y subrazas del hombre, las cincuenta y seis maneras de hacer el amor —Kama-sutra—, las setenta cocinas, los seis perfumes, los ochenta olores, los ciento veinte mil hedores, las doce docenas de porquerías, las siete maravillas, las mil luces, las dos mil seiscientas lenguas, los treinta y cuatro vicios —excepto el opio—, toda la fantasía y los grandes principios del «ying» y del «yang», los cuales, según la concepción mágica china, generan la infinita variedad del mundo».

Con sus doce millones de habitantes, Tokio es una ciudad «maravillosa, híbrida, disoluta, rumorosa, tranquila, cavilosa, vistosamente vulgar, estúpidamente sonriente, contemplativa, necia, docta y absurda» (J. O. D. Russell).

los sueldos más bajos

La primera fecha que da la Historia como nacimiento de la ciudad de Tokio es hacia el siglo XII. Entonces recibía el nombre de Yedo, que significa Puerta del Golfo o del Estuario y era simplemente la residencia de una pequeña familia de daimios —barones feudales— apellidada Edo o Yedo. En 1457, Ota Dokwan, feudatario del daimio Uesugi, ocupó Yedo y edificó un castillo. A lo largo de los siglos, la ciudad de Yedo fue objeto de la predilección de sucesivos regentes, a través de diversos avatares políticos, hasta que en el siglo XVIII, el joven Emperador Mutsuhito trasladó la capitalidad del imperio, de Kioto a Yedo, a la que rebautizó con el nombre de Tokio —Capital Oriental—. Por aquella época, Tokio tenía una cantidad de habitantes que rondaba el millón y medio: es **SIGUE**

El teatro, en sus diversas manifestaciones, goza de gran popularidad en el Japón, sobre todo el clásico Kabuki —foto de en medio—; en las otras dos fotos vemos aspectos de ballets tradicionales y pantominas, de gran aceptación en el país.

TOKIO

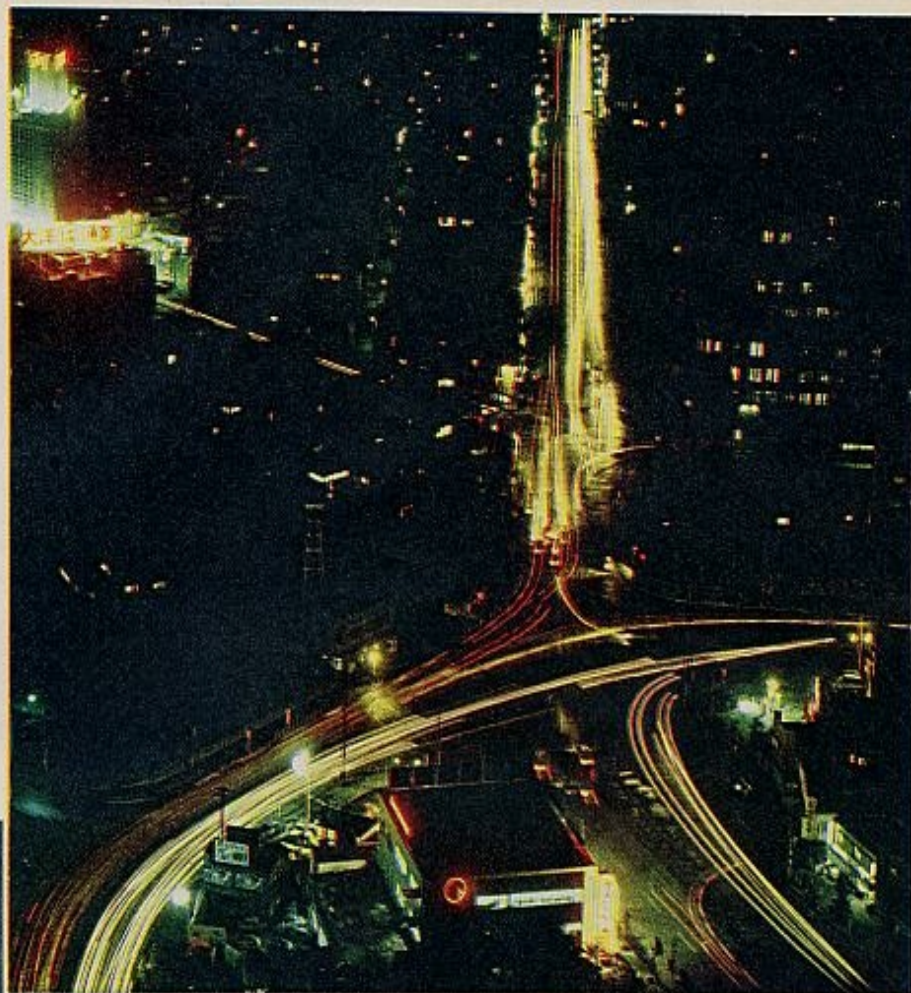


decir, se trataba de una de las capitales más importantes del mundo.

Hoy, Tokio es una ciudad esencialmente industrial. El Tokio moderno cuenta con rascacielos, edificios suntuosos, piedra y acero. Pero la mentalidad japonesa no concibe la ciudad como un receptáculo de belleza, sino como una simple aglomeración humana. «Las ciudades japonesas son simples instrumentos de vida y trabajo —observa Fosco Maraini—, entidades provisionales que sirven a fines meramente prácticos. La belleza, naturalmente, existe, pero es preciso primero deseirla, buscarla, y puede ser que finalmente sea dado descubrirla; después, una vez conquistada, se despliega con refinamiento inimaginado en parte alguna, tras jardines cercados y templos o villas donde se realiza verdaderamente la comunión más perfecta del hombre con cuanto le circunda. Es belleza aislada, momento, palabra susurrada, instante; es cualidad pura, embriaguez, de la cual quedará siempre eterna nostalgia». Tokio, de noche, recibirá al forastero con una salutación: «trashai», entrad, bienvenidos. La tónica hospitalidad y cortesía orientales se hace realidad para el turista. Porque pocas ciudades habrá en todo el mundo que ofrezcan una mayor posibilidad de placeres al visitante.

tópico y leyenda

Entramos en el imperio de la «geisha». Y de nuevo tropezamos con el tópico y la leyenda. La



Tokio es una ciudad de doce millones de habitantes. Aquí se hace carne viva la leyenda y el mito. Se inaugura cada noche el paraíso oriental. Se inventa a cada momento el confortador mito del misterio. Es lo que pide el turista. Es lo que Tokio ofrece. Porque pocas ciudades habrá en todo el mundo que muestren mayores posibilidades de placeres al visitante. Por la noche, Tokio se enciende con los miles de reclamos de la diversión: el neón anuncia entretenimientos, promete aventuras, concerta citas. Tokio «la nuit» descubre el telón de su intimidad.

TOKIO



«geisha» se ha identificado siempre con la japonesa, es decir, la mujer ceremoniosa, discreta y un tanto mimosa... Poco a poco han ido desvelándose las metáforas y ha aparecido la personalidad estricta de esta institución femenina nipona que no tiene correspondencia posible en Occidente. La «geisha» revela en su estado más refinado un caso extremo de racismo erótico. Desde pequeña es educada concienzudamente en diversas disciplinas: las artes, las letras; la enseñan a ser buena conversadora, atenta, sumisa... Se trata de una educación «funcional»: la «geisha» acumula todas esas virtudes «para» el hombre. El hombre llegará a la casa de té, cansado de la jornada laboral, preocupado por problemas familiares y encontrará una «geisha» dispuesta a escucharle y aliviarle con una conversación discreta...

Por la noche, Tokio se enciende con los miles de reclamos del placer: el neón anuncia diversiones, promete aventuras, concier-

SIGUE

ta citas... La vida nocturna de la capital es relativamente reciente. Arranca de la última postguerra. Los americanos invadieron el territorio y encontraron una población sumisa que aceptaba la ocupación con la misma paciencia que poco antes se había entregado con ardor a la lucha. Sobre las ruinas de las ciudades destruidas por las bombas empezaron a reconstruirse ciudades nuevas. Y comenzó el descubrimiento del desnudismo como valor erótico. Tradicionalmente —y esto es algo que difícilmente puede entender una mentalidad occidental—, el desnudo no era considerado en el Japón como una categoría erótica: los americanos se encargaron de propugnarlo. Y la vida nocturna de Tokio y de otras ciudades de importancia se organizó en torno a este hallazgo. La clientela estaba compuesta de americanos: los japoneses se sorprendían de que aquello que tan poca importancia le concedían ellos despertase tan inusitado interés a los nuevos «nambanjin», bárbaros del Sur.

el paraíso artificial

Yoshiwara es el distrito «alegre» de la capital. Por sus calles transcurre la corriente del placer: night-clubs, cabarets, salas de fiestas, cines, teatros, cafeterías, bares... Conviven al mismo tiempo, a la misma hora, la tradición y la época contemporánea. Encaramadas en los taburetes de cualquier local pueden verse las muchachas de la noche: algunas van vestidas con kimono, otras con el «yofuku», el vestido occidental. Allí puede tomarse desde el «o-cha», el honorable té, hasta el «scotch» con soda. Traspasada esta barrera del exotismo, esta coartada oriental estutamente explotada por unos y aceptada por otros, el placer se reduce siempre a lo mismo. Aquí, el misterio ha tocado a su fin. Quien quiera puede sumergirse en ese misterio embragador: acabará encontrando el sabor áspero del «whisky» y la compañía de una mujer. El turista mira con ojos vírgenes las imágenes de un mundo nuevo, que siempre es el mismo.

Pero, además de las atracciones convencionales, comunes a cualquiera otra gran capital, Tokio ofrece al visitante peculiares medios de diversión. Existe en el país una gran tradición teatral. El espectáculo «Kabuki» —que tan gran sugestión ejerciera sobre el realizador ruso Eisenstein— goza de enorme popularidad en el país y cautiva, por su originalidad, a la mentalidad occidental. El «Bunraku» es otro género teatral de antiquísima tradición; los maestros japoneses han llegado a una rara perfección en la manipulación de las marionetas. O el «No», de abolengo místico y religioso, un poco al estilo de nuestros autos sacramentales.

La música sinfónica se ha hecho accesible al público como en pocos países de Occidente. En las salas de Hibiyá, de Teigeki, Korakuen, Dai-ichi Seimei, pueden escucharse conciertos de primera categoría, tanto música europea como japonesa. Pero ésta tiene sus auditorios especiales, en los que puede conocerse la «ga-gaku», antigua música de corte o sinfonías de «koto».

Tokio, como verdadera encrucijada del mundo, es capaz de adaptar el eco del mundo, hacer suya toda manifestación cultural, artística... El extranjero no se siente extraño en Tokio. Y no sólo porque puede encontrar allí todo aquello a lo que está habituado, sino porque una suave cortesía, un imperceptible acomodo, le mueve a aceptar como habitual costumbres que nunca habría sospechado. Por ejemplo, el Tokyo Onsen, parece una edición redivida de las antiguas termas romanas. En primer lugar, hay que considerar que para los japoneses, el baño es —como lo fuera para los romanos— no sólo una operación higiénica, sino una medida social, una posibilidad de reunirse y conversar: casi un espectáculo. Desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, funcionan las Termas de Tokio. Todo el lujo y la suntuosidad oriental están al servicio de este hábito social.

la pasión del "pachinko"

Centenares de locales nocturnos. Teatros de variedades, de revistas, a imitación de los espectáculos parisinos: el Nichigeki, el Kokusai de Asakusa. Y antros de strip-tease.

Pero el japonés permanece un tanto al margen



Arriba, la pasión por el «pachinko», las máquinas electrónicas que enfebrecen a los japoneses. El Cadillac, junto a la limousine, por tracción humana. Y un puesto callejero de periódicos, con ediciones nocturnas.



Los clubs han proliferado en el Tokio actual. Las «jochu-san», camareras someramente ataviadas, atienden a los clientes. Son una versión aerodinámica y actualizada de la geisha tradicional. En la foto inferior, la fachada del teatro Kabukiza: la multitud se apelotona a la salida de una de las sesiones de tanta popularidad.



de este escaparate, dispuesto para el turista. Como en otras tantas capitales del mundo, se aísla, excepto aquellos que profesionalmente viven del turismo. Se refugia lejos de ese tráfigo en los barrios «karyukai», mundo de las flores y de los sauces, en Shimbashi, en Kudan, en Akasaka, en Atago-Yama, a lo largo del Sumida, reino un poco inaccesible para el occidental; el placer es específicamente japonés. Sería difícil para alguien que no fuera oriental participar en estas evasiones: habría que haber vivido muchos años en el país y haber captado esa mentalidad.

Hay algo que puede resultar más accesible. La pasión por el «pachinko». Diseminadas por Tokio, en cantidades que exceden el millón, se encuentran estas máquinas electrónicas. El «pachinko» es la locura colectiva: se introduce una moneda, se accionan unos mandos, sale una bola que gira, cae, asciende, desaparece; si logra introducirse en un orificio determinado, se obtiene un «premio». Una chuchería, una insignificancia. Las máquinas están trucadas; casi nunca se consigue acertar. Y es la fiebre. Por cada treinta y siete personas —incluidos ancianos, mujeres y niños— hay en Tokio un artillero de este tipo. En la noche, mientras se despliega el convencional mundo del placer, el efímero desenredo noctámbulo, la fiesta diaria del turista, cada «pachinko» ateneza a un hombre, que observa, enfebrecido, el girar incierto de la bolita de metal. Tokio «la nuit» ha abierto sus puertas.

(Fotos FRITS GERRITSEN
Agencia ZARDOYA)